Juan de la Plata

El flamenco que he vivido

Vivencias, escritos y recuerdos de un viejo aficionado

LAS BODAS DE PLATA
DE LA CÁTEDRA

Las bodas de plata de la Cátedra

En el año 1983, al cumplirse 25 años de nuestra fundación, celebramos la bodas de plata de la Cátedra de Flamencología, con diversos actos; el más importante de los cuales fue reunir en Jerez a los miembros numerarios más destacados, quienes hablaron públicamente de la evolución del flamenco, en dicho período de tiempo, en sus respectivas provincias de residencia: Sevilla, Cádiz, Córdoba, Málaga, Huelva, Granada, Jaén, Almería, Madrid y Barcelona. Estas reuniones de trabajo se celebraron en una de las distintas salas del Centro Cultural de la Caja de Ahorros de Jerez (hoy, Cajasol), haciéndonos el honor de presidir su clausura el Consejero de Cultura de la Junta de Andalucía, que era entonces el gaditano Rafael Román Guerrero, buen aficionado al flamenco y posterior presidente de la Diputación Provincial de Cádiz. En este acto se le entregó el título de miembro de honor de la Cátedra al gran poeta granadino, Luis Rosales, miembro de la generación poética del 27 y amigo íntimo de Federico García Lorca, quien leyó el discurso de clausura de nuestras bodas de plata, bajo el titulo de "Esa angustia, llamada Andalucía", editado más tarde en formato de libro; ofreciendo posteriormente un breve, pero brillante concierto, el guitarrista Parrilla de Jerez. El primer día, Domecq nos ofreció un almuerzo, en el patio de los Claustros de sus bodegas y, tras la sesión de clausura, sería la Caja de Ahorros de Jerez la que hiciera lo mismo, en el Club Nazaret.

Y continuó la actividad de la Cátedra, con sus conferencias, mesas redondas, seminarios, cursos y jornadas de estudios. Así, hasta nuestros días. Por lo que sería enormemente pesado tratar de traer aquí, a este libro de memorias flamencas personales, toda la inmensa labor

que, entre todos mis compañeros y yo, hemos ido desarrollando posteriormente, año a año, día a día, hasta que la institución que me honro en presidir de forma vitalicia –al haber sido así aprobado en la correspondiente asamblea general de socios, creo recordar que fue allá por el comienzo de los años setenta, cuando teníamos nuestra sede en la barriada La Coronación y a propuesta de nuestro compañero, ya desaparecido, el pintor Fernando Toro Rivero "Ramírez"– que ha alcanzado a celebrar sus cincuenta años de vida, en 2008, cuya conmemoración hemos venido festejando con numerosos actos: conferencias, conciertos, exposiciones, mesas redondas, lecciones magistrales, etc.

Solo quiero añadir que, tanto antes, como luego, mi vida la he entregado por entero a la Cátedra de Flamencología, sin esperar nunca nada a cambio; sacrificando miles de horas de descanso, incluso a veces las mañanas de los domingos y festivos, y muchas vacaciones de verano, sobre todo entre los años 1963 y 1986 que dediqué por entero a la organización y dirección de los Cursos Internacionales y Festival "Flamenco en Jerez", Juegos Florales del Flamenco y Fiesta de la Bulería, etc. Siempre contando, como es natural, con el respaldo y la colaboración permanente de mi equipo directivo y del pequeño grupo de colaboradores voluntarios que nunca nos faltaron.

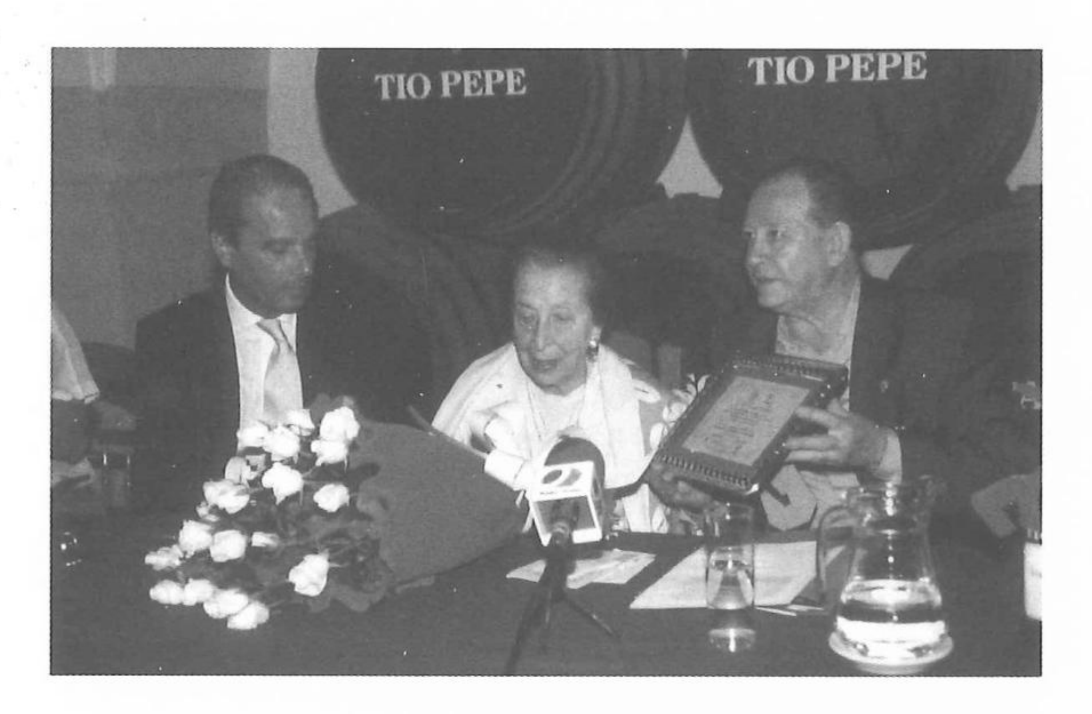
Y aquí quiero y debo dejar constancia, por ser de justicia, de los nombres de mis más inmediatos compañeros y eficaces colaboradores: Manolo Pérez Celdrán, Esteban Pino Romero, Manolo Ríos Ruiz –éste, primero en Jerez y, luego, en contacto permanente, desde Madrid; incluso animándome a que redactara estas memorias, sabiendo que hace tiempo que las tenía proyectadas– y Manolo Naranjo Loreto, Pepe Marín y, durante algunos años, Santiago Lledó. También Paquito Benítez Gil, tan eficaz siempre, Pepe González Moreno (Pepillo) –ya fallecido, por desgracia–; y el gran poeta de Arcos, Antonio Murciano; juntamente con el también desaparecido José Luis Pantoja –sobre todo, en los comienzos de la Cátedra–; y Amós Rodríguez Rey, Fernando Quiñones, Domingo Manfredi Cano, Juan Romero Pantoja (El Guapo); el maestro Joaquín Villatoro Medina; el gran investigador madrileño Pepe Blas Vega; y mis hermanos Manolín, fallecido hace algunos años; mi otro hermano Mariano y mi cuñado Tomás Torre; que me echaron una mano, siempre que pudieron y cuando se les pidió; estando allí, a mi lado.

Unos dando una charla, organizando actividades, o dando su opinión, en tal o cual asunto; otros cantando, o bailando, o dando un concierto; o

buscando una guitarra o un piano; o clavando una puntilla para colgar un cuadro; o acompañándome a hablar con un artista, para contratarlo; o con un político, para pedirle ayuda; o recitando versos flamencos, como Pepillo y Pepe Marín; o dándome un consejo oportuno; incluso haciendo de abogado del diablo, como mi querido y entrañable Esteban Pino, hoy día aquejado de una incurable enfermedad.

Sin olvidarme nunca de mis queridas compañeras, las imprescindibles maestras de baile, en tantos cursos, Teresa Martínez de la Peña y Angelita Gómez; o Angelita y Tere, que tanto monta, monta tanto; ni de la veterana maestra Trini Borrull, que tantas sabias lecciones magistrales dio a nuestras alumnas y que, anualmente, hasta su muerte en 2006, tuvo siempre el bonito detalle de felicitarme cariñosamente las pascuas y el año nuevo; llamándome por teléfono, desde su lejana residencia, en Las Palmas de Gran Canaria. Prometiéndome en el mes de enero del año 2000, que me iba a mandar –como así hizo, efectivamente– algunos recuerdos suyos, de su vida de bailaora; sobre todo, fotos de su abuelo y de su tío, los guitarristas Miguel Borrull (padre e hijo). Fotos que son completamente desconocidas e inéditas; así como una gran foto enmarcada de ella, la que dice que siempre ponía en el vestíbulo de los teatros y salas donde actuaba. "¿Y donde mejor iban a estar –me dijo– que en la Cátedra de Flamencología de Jerez?"

Dios se lo pague a esta encantadora y gran señora del baile, a la que la Cátedra también rindió, en el año 2000, el sentido y entrañable homenaje que se merecía, por su clase, por su señorío y por sus enormes conocimientos del baile y de la danza española, que tantas veces puso de relieve, en sus magistrales lecciones teórico-prácticas, en nuestros cursos internacionales de verano.



La anciana maestra de baile Trini Borrull, recibiendo de Juan de la Plata la placa del homenaje que la Cátedra de Flamencología le rindió, en las bodegas de González Byass, el año 2000, en presencia de Pepe Lozano, relaciones públicas de dicha empresa vinatera.

Ahora que ya uno sólo espera el relevo, en el mundo del flamenco; después de haber dejado, para siempre, la ingrata crítica periodística; y cuando andamos tratando de cumplir nuestros últimos objetivos en la Cátedra, antes de pasar el testigo a quien pueda responsabilizarse de su dirección, en el que será el Centro Nacional de Flamenco, en la proyectada futura Ciudad del Flamenco, justo es agradecer tanta ayuda recibida por parte de unos y de otros. Por eso, me enfado siempre muchísimo cada vez que alguien ha querido adularme, diciéndome eso tan poco cierto de "la Cátedra, eres tú"; sabiendo yo y mis compañeros que no es verdad; ya que sin ellos, nunca hubiera podido hacer nada.

Porque uno ha sido, como director, el que siempre ha dado la cara, es cierto, pero nada más. Detrás estaba todo un magnifico equipo, arrimando el hombro, empujando y hasta diciéndome –como debía de ser– las verdades del barquero, cada vez que hacía falta. ¿Verdad Manolo Ríos, Manolo Pérez y Esteban Pino? ¡Cuantas veces hemos mantenido reuniones, hasta altas horas de la noche, discutiendo este o aquél asunto; preparando un escrito oficial; redactando la memoria de un proyecto o una simple nota de prensa; tratando de pergeñar un programa de

actividades o resolviendo graves problemas institucionales, económicos o de mero funcionamiento interno!

Juntos como una piña

Como en aquellas angustiosas ocasiones, en que tuvimos que echar mano de compañeros nuestros, profesionales de la abogacía, como Antonio Murciano, Benito Pérez y Luis Suárez Ávila, que lo dejaron todo para ayudarnos, en momentos difíciles y delicados, para la buena marcha de nuestra muy querida Cátedra; tantas veces amenazada por políticos incompetentes y en peligro de desaparecer, en más de una ocasión, a lo largo de estos cincuenta años de existencia; en que nunca vino nadie a agradecernos –especialmente los artistas que viven y comen de ello– lo mucho que hemos hecho por el flamenco, en este país; sacándolo de las tabernas, de las ventas y de los burdeles, donde lo encontramos nosotros; para convertirlo nada menos que en la representación por antonomasia de la cultura musical autóctona y más importante del pueblo andaluz. Una cultura de la que bien podemos presumir que, si hoy día es universalmente conocida y apreciada, en buena parte se debe a nuestro trabajo y a nuestros desvelos. Porque nadie nos podrá negar que algún granito de arena habremos aportado a dicho reconocimiento mundial...

¿Cuándo van a venir los artistas a reconocerlo? Me refiero a los grandes, a los que se han enriquecido o han ganado muchísimo dinero con el flamenco, sea cante, baile o guitarra. Porque a casi todos ellos les concedimos el premio que se merecía su labor artística; y no me refiero ya a los que han muerto como Caracol, Mairena, Camarón, El Sordera, Antonio, El Farruco o Sabicas; sino a otros que aún están vivos y triunfando, todos los días, que no paran de viajar de un lado para otro, recorriendo lejanos países, donde su arte es pagado mejor que bien, con grandes sumas de dinero, y de lo cual nosotros –yo al menos– nos alegramos muchísimo. Siquiera sea para corresponder, de alguna manera, a los casi cuatrocientos premios, honores y distinciones que la Cátedra repartió de forma tan generosa Y aquí no tengo más remedio que acordarme de lo que me decía, en una de sus cartas, el siempre recordado Anselmo González Climent, el creador de la flamencología y padre espiritual de todos los flamencólogos, cuando ingenuamente pensaba que los artis-

tas debían colaborar económicamente al sostenimiento de la Cátedra; e incluso que se debía poner un pequeño impuesto a los tablaos y teatros donde se ofreciera flamenco, etc., a favor de la financiación de nuestras actividades. Porque si eso hubiera sido así, ¿cuantas otras cosas, mucho más importantes, podría haber hecho la Cátedra que hubieran, siempre –¡siempre!– repercutido a favor de los artistas y del arte que cultivan?

Por el contrario, ¿cuantos artistas mal pensantes conocemos nosotros que han creído que la Cátedra era el negocio, que habíamos montado unos cuantos, para enriquecernos, a costa de ellos y del flamenco?

"Porque, tú tendrás que sacar algo de todo esto –me decían algunos– *ya que nadie hace nada por nada".* Eran tan mezquinos que no podían imaginar que hubiera alguien capaz de hacer las cosas por amor al arte; por verdadero amor al flamenco, a la cultura de nuestro pueblo. ¡Ni se lo podían imaginar! Todavía me acuerdo de lo que escribió cierto periodista en "El Correo de Andalucía", afirmando tan fresco que la Cátedra era el invento de unos cuantos *"señoritos de Jerez",* para poderse correr la gran juerga, cada vez que se les antojara. *"¡Vaya tela, niño!",* como diría mi llorado amigo, y compañero de Cátedra, el gran pianista flamenco Pepe Romero. La realidad es que a nosotros –a mí por lo menos–, que éramos gente del pueblo, trabajadores, idealistas, siempre nos costó nuestro propio dinero, el poder hacer la mayor parte de las cosas. Y no digamos los disgustos y malos ratos que, también, nos costó, en otras muchas ocasiones. Habría para escribir otro libro. Porque nuestra labor, al frente de la Cátedra, estuvo siempre llena de ingratitudes, de sinsabores y de incomprensiones. ¡Así es la vida! Mientras un grupo de hombres y mujeres de buena fe trabajaban por la música de Andalucía, otros se dedicaban a criticarnos, incapaces de hacer ellos lo que nosotros hemos hecho altruista y desinteresadamente, durante medio siglo, sacrificando muchas horas de descanso a favor de una causa eminentemente cultural y andalucista, cien por cien. Sin recibir nunca nada a cambio. Ni la gratitud de los artistas, ni los honores de los políticos. ¡Gente desagradecida, al fin y al cabo!